

NARRATIVA NORTEAMERICANA EL DRAMATURGO, ACTOR Y NOVELISTA SE DESPIDE DEL MUNDO Y AÚN SALE EN BUSCA DE SU IDENTIDAD

Shepard, la dura piel de la última confesión

LETRAS AMERICANAS

Espía de la primera persona

Sam Shepard.
Traducción de Mauricio Bach.
Anagrama, 2023. 103 páginas.

Hace algunos meses mientras leía 'Sin tierra la vista' último libro del poeta Charles Simic volví a mi cabeza una pregunta que siempre me ha perturbado; ¿qué espera Dios de los hombres mientras mueren?

Hoy después de leer, 'Espía de la primera persona', suspiro titánico de un hombre casi vencido, obtengo la respuesta a esa incertidumbre casi pueril porque me doy perfecta cuenta de que hay seres humanos que no necesitan acordarse de Dios para escribir poderosos testamentos, cuadernos de bitácora en los que la belleza forma un epítafio capaz de sacarnos del mundo de las dudas a aquellos que hemos tenido la fortuna de leerlo.

Shepard (Fort Sheridan, Illinois, 1943- Midway, 2017) escri-

bió este último libro, entre el año 2016 y mediados de 2017. Hubo de usar muchos trucos cuando la ELA fue apoderándose de su fibroso y antaño deseado cuerpo. Primero comenzó la escritura a mano. Después grabó fragmentos para que su familia los transcribiera y dictó sus últimas palabras cuando cualquier otro medio dejó de estar a su alcance. 'Espía de la primera persona' es un libro arropado por la luz de los días inciertos, pero vívidos. Escrito en ese instante en el que los días están contados y desconoces quién pujará por la paz de tu alma.

Por eso sobrecoge de especial manera la calma y la lógica desde las que están escritas estas semblanzas personales (revisadas por su gran amiga, la cantante Patti Smith) en las que enseñada se nota que el autor no escribe por resignación sino por pura inteligencia. Nada es ya urgente, pese a la urgencia que implica la brutal enfermedad y el apremio de una muerte segura.

'Espía de la primera persona' es una aventura de textos lógicos y lentos escritos por un observador nato. No es un libro estrictamente personal, pese a que puede pal-



Sam Shepard fue un gran enamorado del rock. ARCHIVO ANAGRAMA

parse el cansancio del narrador, ni un libro en el que prime el egocentrismo, pese a su acertadísimo título, es un libro en el que el lector será catapultado a una ensoñación literariamente imbatible. Será partícipe de aguda reflexiones, pese a estar señaladas por el caótico aliento que marca las circunstancias de quien narra. Y se emocionará con el pulso que Shepard mantiene con lo poético.

Estas breves confesiones son concentradísimos vómitos líricos por la forma en que el autor se enfrenta a su memoria aun sabiendo que esta es un animal en descomposición. En algunos momentos parece un canto trivial,

pero todos sabemos que a veces la máxima profundidad se encuentra en la superficie de las emociones. Hay en cada página una observancia extrema, un desdoblamiento sublime y muy cuidado que hace callar al irrepitible actor para dar máxima prioridad a la eternidad de un hombre.

Sam Shepard se desdobra en este libro en un juego de espejos, de miradas vitales y narrativas inmenso. Es un hombre que camina hacia la muerte con una viveza existencial rica y férrea: «Resulta interesante tener a alguien tan interesado por mí. Me preguntó que querrá».

'Espía de la primera persona' es

un libro concreto y abisal que despliega un íntimo equilibrio entre un hombre y la muerte, y que habilita entre ambos un diálogo trascendente, duro, onírico y sublime: «Uno no sabe cómo van a acabar atándose todos los cabos sueltos. Ahora estoy en el exterior. Aquí con los pájaros y los insectos. Ya no es como antes. Las nubes. El inmenso cielo. Las flores. El piar de los pájaros».

'Espía de la primera persona' destaca por la poderosa bicefalía que construye a su protagonista. Por la elección que hace el narrador de salir de su propia vida para que sirva de algo la llegada del final. 'Espía de la primera persona' (divinamente traducida por Mauricio Bach que no le ha tenido miedo ni al cinismo ni a la debilidad del discurso de Shepard) es, sin duda, el más hermoso ejercicio de identidad al que yo haya tenido acceso como lectora. Una conversación densa, impúdica, sin pliegues -«Hace un año exacto, más o menos, podía caminar con la cabeza erguida. Podía ver a través del aire. Podía limpiarse él mismo el culo»-, pese al argumento que esgrime, y leal a la dura piel que necesita cualquier confesión para no convocar a la misericordia ajena.

SONIA FIDES